

á condicion de que le reconociese vasallage por el Milanesado y por el condado de Pavía, y se obligase á hacer guerra á los venecianos y á todos los enemigos del rey, ofresiendo auxiliarle por su parte con mil infantes y dos mil caballos. Atacaba el rey de Aragon al señorío de Piombino, cuando le llegaron embajadores del comun de Milan solicitando su proteccion y rogándole que pasára con su ejército á la parte de Padua para que se hiciese la guerra en Lombardia. Ofrecíale que en señal de amor y de adhesion traerian las armas del rey á cuarteles con las de su comun, y le apellidarian defensor y protector de su libertad. Aceptó el aragonés una oferta que tenia para él mas de honrosa que de útil, y prometiéndoles que partiria con su ejército hácia los campos de Padua á condicion de que todo lo que conquistase desde el rio Ad-da hácia la ciudad de Venecia seria para él, y lo que desde el Adda hácia Milan tomase á los venecianos se aplicaria á la comunidad, con lo que se despidieron contentos aquellos embajadores, marzo (1448).

El rey de Aragon y de Nápoles, despues de haber enviado á los milaneses un socorro de cuatro mil caballos, invirtió el resto de aquel año en guerrear contra los de Florencia y el conde de Piombino. Ardía igualmente la guerra en Lombardia con los venecianos y el conde Sforza. En tal estado pasó el cardenal patriarca de Aquilea á verse con el rey de Aragon en el castillo de Trajeto (febrero, 1404). Allí quedó

concertado en nombre del consejo general de los Novocientos que representaban la señoría de Milan, que el rey don Alfonso los defenderia y ampararia en su libertad contra cualesquiera enemigos, y les mantendria sus ciudades y conquistaria las que Sforza ó los venecianos les tuviesen usurpadas, y que los milaneses darian al rey cada año cien mil ducados y costearian tres mil caballos y dos mil infantes durante la guerra. Tambien declaró el rey que la ciudad de Parma quedaria libre como antes que lo ocupára el conde Sforza, y puso por lugarteniente general en Lombardia á Luis Gonzaga, marqués de Mantua, que tan célebre se hizo despues por su santidad. Mas ya aquel año se trató de poner término á la larga y funesta lucha que tan lastimosamente estaba destrozando las mas bellas ciudades y los mas hermosos paisés de la desgraciada Italia. Los unos y los otros enviaban sus embajadores al papa y al rey de Nápoles para que se sirvieran fomentarla ó aceptarla (1). Instaba no obstante con tal empeño el conde Francisco Sforza al rey para que le recibiese en su proteccion, que le ofrecia en rehenes su muger y sus hijos por que le asegurase la sucesion en el estado de

(1) Podia ya el pontífice Nicolás obrar con mas desembarazo, porque en este mismo año de 1449 el intruso papa Félix V., nombrado por el concilio de Basilea, á ruego del emperador Federico se habia apartado de su error y de puesto el pontificado, acabando

asi el segundo cisma del siglo XV. y recobrando su unidad la iglesia católica. Quedó con la dignidad de cardenal y obispo de Sabina, y el papa Nicolás le nombró legado perpétuo y vicario general de la Sede Apostólica en Alemania.

Milan: intercedian por él los marqueses de Ferrara y de Mantua, y obligábase á servir al rey con cinco mil caballos en su empresa contra venecianos, con otras condiciones no menos ventajosas. Finalmente, manejóse el conde Sforza con tal habilidad, y llegó á tanto su poder, que se vieron obligados los milaneses á rendírsele y recibirle por señor, como á hijo adoptivo y legítimo sucesor del duque Filipo Visconti (1450).

Con esto sufrieron gran mudanza y tomaron muy diverso rumbo todas las cosas de Italia. Firmó el rey don Alfonso paz perpétua con la república de Florencia y con el señor de Piombino, quedando éste obligado á hacer cada año al rey y á sus sucesores el presente de un vaso de oro de valor de quinientos ducados; é hizo liga y confederacion con Venecia, con las condiciones de que si se conquistasen los condados de Parma y Pavía serian del rey, pero Cremona y demas tierras de la otra parte del Adda quedarian de la república, y las demas ciudades y pueblos de este lado del Pó y del Tesino se partirian por ambas partes entre los capitanes y señores que entraban en la liga (octubre, 1450).

Observábase ya en este tiempo un cambio notable en la conducta del conquistador de Nápoles. Aquel Alfonso que con tanta grandeza de ánimo, con tanto valor, intrepidez y constancia habia comenzado y proseguido la empresa de Italia, que con tanta firmeza habia soportado los trabajos y riesgos de una

guerra continuada de treinta años, pagó su tributo á la flaqueza de la humanidad como tantos otros guerreros de gran corazon, y á una edad en que parecia debieran haberse amortiguado en él ciertas pasiones fué cuando se dejó aprisionar de las caricias de una dama llamada Lucrecia de Alañó, á cuyos amores tenia encadenada su voluntad, de manera que se tuvo por cierto que si hubiera dejado de vivir la reina doña María de Aragon, le hubiera dado su mano y su trono, como le habia entregado su corazon y le prodigaba sus riquezas (1). Y aunque no dejaba de atender á las cosas de la guerra y del gobierno por medio de sus capitanes, y principalmente de su hijo el duque de Calabria, no era ya el hombre vigoroso y fuerte que habia asombrado al Mediodía de Europa por su valor, su energia y su perseverancia.

Era sin embargo tan grande la fama y reputacion de Alfonso de Aragon y de Nápoles, que todos los príncipes se apresuraban á solicitar su amistad y confederacion. Habíala pedido el duque de Génova, la procuraron y obtuvieron Demetrio, déspota de la Ro-

(1) Zurita, Anal. lib. XV. capítulo 58.—«Hay indicios vehementes, dice el archivero Bofarull, de si el rey intentó repudiar esta señora (la reina) y anular el matrimonio para contraerlo con doña Lucrecia de Alañó, que algunos dicen fué á Roma con esta pretension, á la que el pontifice Calixto III. no quiso acceder por ningún título, y que por esta razon pasó don Alfonso la mayor parte de su

vida separado de doña Maria á pretesto de las guerras de Italia. Acaso la esterilidad de doña Maria sugirió al rey la idea de anular su matrimonio, pero sin dejar de amarla y apreciarla como se merecia, pues la correspondencia particular que se conserva en el real archivo no respira mas que mútuo cariño y estimacion entre los dos esposos.» Condes de Barcelona, tomo II. pág. 513.

manía y de la Morea, que aspiraba á suceder en el imperio de Constantinopla, Jorge Castrioto, señor de Croya, y otros príncipes de Albania. El nuevo señor de Piombino le hizo reconocimiento, y el rey le declaró libre del vasallage y feudo que habia impuesto á su antecesor. Los barones de Cerdeña y de Córcega le rogaron que fuese, y muy especialmente los de esta última isla, á libertarlos de la opresion con que algunos los tenian tiranizados: pasó el rey allá con una armada, y hubiera acabado de recobrar los lugares que allí le tenian usurpados todavía, sino le hubiera obligado á regresar pronto la noticia de que los de Florencia andaban en secretos tratos, y enviaban disimulados socorros al conde Sforza, nuevo duque de Milan (1451), lo cual movió así al rey como á la señoría de Venecia á requerirles que desistiesen de ello. Lejos de producir este apercebimiento algun resultado favorable á la paz, renovóse al año siguiente la guerra en Toscana (1452), dirigida por el duque de Calabria Fernando, hijo del rey de Aragon, apoyado por la república veneciana.

De tal manera y con tal interés ocupaban al rey Alfonso de Aragon las guerras y los negocios de Italia, que mas parecia ya un monarca italiano que un rey español. Ni las escitaciones que le dirigian los catalanes y aragoneses para que regresase al seno de sus súbditos naturales, ni las graves escisiones que mediaban entre su hermano el rey don Juan de Na-

varra y el príncipe de Viena su hijo, ni la necesidad de su presencia en el reino para proveer de cerca en las discordias, pleitos y disensiones que sus hermanos don Juan y don Enrique traian con el rey y con los grandes de Castilla, nada bastaba á arrancar á Alfonso del suelo italiano. No solo la guerra de Toscana, á donde se proponia ir en persona, llamaba entonces su atencion con preferencia á los asuntos de la península española, sino que sabiendo que los turcos tenian cercada á Constantinopla, excitó con grande instancia al papa á que le ayudase á libertar la capital del imperio griego, en lo cual obraba con el celo de un verdadero rey cristiano, y como quien conocia la gran mengua y desdoro que recaeria sobre todos los príncipes de la cristiandad y sobre la Iglesia misma, si por descuido y falta de auxilio cayese en poder de los soldados de Mahoma y pasase á ser asiento del poder del gran turco la que por tantos años habia sido la segunda cabeza del mundo cristiano. Por desgracia los temores de Alfonso V. de Aragon se realizaron, y antes que llegaran socorros de Roma se apoderaron los turcos al cabo de cincuenta y cuatro dias de asedio de la gran Constantinopla (29 de mayo de 1453), con muerte del último emperador cristiano Constantino Paleólogo y de toda la nobleza del imperio griego (1), ejecutando los ene-

(1) El soldan de los turcos era genovés llamado Juan Longo Justiniano, que se afirmó que se tomó la ciudad por traicion de un las puertas.

migos en la ciudad vencida las mas inauditas crueldades y estragos. Asi acabó el imperio cristiano de Oriente, pasando desde entonces Constantinopla á ser la capital del imperio otomano: gran pérdida para la cristiandad, y afrenta y deshonra grande para los príncipes cristianos de aquellos tiempos.

Alarmado el papa Nicolás con la pérdida de Constantinopla y con la soberbia y pujanza que este triunfo habia naturalmente de dar á los infieles, quiso borrar á fuerza de actividad y de energía la nota de negligencia de que pudiera acusarse á los soberanos, príncipes y potentados de las naciones cristianas, para poner á salvo los estados que pudieran verse mas en peligro de ser amenazados por tan terrible enemigo. Proyectó, pues, una confederacion general contra el turco, y como la primera necesidad para tan notable y provechoso intento era la paz entre los diferentes estados italianos, miserablemente destrozados entre sí y desgarrados y empobrecidos con tan jargas guerras, uno de sus primeros cuidados fué exhortar al rey don Alfonso de Aragon y de Nápoles á que desistiese de la guerra de Toscana, y le ayudase á la gran obra de la pacificacion universal de Italia, á cuyo efecto le envió su legado el cardenal de Fermo, para que le representase que aunque el peligro era comun á toda la cristiandad, parecia sin embargo que el papa, el emperador Federico, el rey de Nápoles y la señoría de Venecia, tenian por sus circuns-

tancias y por la situacion de sus estados mas estrecho deber de coadyuvar á aquel plan. Alfonso, que en ejecucion de su propósito habia ido ya la vía de Toscana, contestó al pontífice, que hubiera sido mucho mejor, mas digno y mas útil no desamparar á Constantinopla y socorrerla antes de ser tomada, que tratar de recuperarla despues de haberse apoderado de ella el enemigo; lamentaba que se hubiera dado lugar á aquel escándalo; exponia las dificultades que ofrecia la empresa, en ocasion que el tureo se hallaba tan envalentonado y fuerte; pero al propio tiempo aplaudia los buenos deseos del papa, y se prestaba á ayudarlos, protestando que en la guerra con los florentines no llevaba intencion de sojuzgarlos sino de reducirlos á la liga, por cuya razon desistiria de ella tan pronto como los de Florencia dejasen de favorecer al duque de Milan, y contribuiria gustoso á la pacificacion general de Italia.

En su vista, y habiendo el papa instado á todos los príncipes italianos á que enviasen sus embajadores á Roma para tratar de la paz universal y convertir las armas de todos en favor de los estados del imperio griego, los enviados de Alfonso de Aragon expusieron en nombre del rey que si los florentines le daban seguridad de no ayudar a Francisco Sforza era muy contento en admitirlos en la liga con él y con la señoría de Venecia; y en cuanto al conde Sforza, contentábase con que dejara á Venecia las tierras de

aquella parte del Adda; y por lo que el rey pretendia contra él se allanaba á que el papa fuese el árbitro y medianero entre los dos. Con estos precedentes ajustóse al fin la paz entre el conde Sforza de Milan y la república de Venecia (marzo, 1454), y aprobada por el rey de Aragon se procedió á publicarla con general satisfaccion y contento. Las cosas fueron marchando con tendencia á una general reconciliacion; y en principio del año siguiente (1455) se acordó y firmó paz y amistad entre don Alfonso de Aragon y de Nápoles, el duque de Milan y la república de Florencia, confirmándose la que se habia hecho entre venecianos y milaneses, aprobándose igualmente una liga que se habia concertado entre Venecia, Florencia y Milan, quedando reservado al duque y república de Génova que pudiese entrar en la general confederacion. El pontífice aceptó y confirmó la liga para emplear las fuerzas comunes de todos aquellos príncipes y naciones en la guerra contra turcos é infieles.

Poco tiempo sobrevivió el papa Nicolás V, á la grande obra de la pacificacion general de Italia, puesto que á los dos meses falleció con el deseo de ver convertidas todas las fuerzas de la cristiandad contra los turcos. Ocupó entonces la silla apostólica (8 de abril de 1455) el español Alfonso de Borja, cardenal de Valencia, descendiente de una pobre familia de Játiva, pero varon muy letrado en los derechos civil y canónico, aunque de carácter altivo y presuntuoso, y de

elevados pensamientos, el cual tomó el nombre pontifical de Calixto III. (1). Con mucha alegría recibió el rey don Alfonso la nueva de la elevacion al sumo pontificado de un natural de sus reinos, hechura suya ademas, y que le debia la púrpura cardenalicia, y así fué que le envió la embaiada mas solemne que jamás se habia visto para felicitarle por su ensalzamiento y darle la obediencia de sus reinos como á pontífice canónicamente elegido, suplicándole ademas que concluyese el proceso de la canonizacion del gran Taurmaturgo valenciano fray Vicente Ferrer, cuya instancia tenia hecha con el papa Nicolás y por su enfermedad no se pudo concluir (2). Mas no pasaron muchos

(1) Refieren varios autores que este prelado español, ó por pronóstico que le hiciera San Vicente Ferrer, ó porque así se lo inspirara su imaginacion, habia tomado mucho tiempo antes el nombre de Calixto, como si estuviera cierto de que habia de ser sumo pontífice, y que anticipadamente habia hecho un voto solemne por escrito, como si fuera en público consistorio, de hacer guerra perpétua á los turcos y no desistir de ella jamás. Zurita, Anal. lib. XVI. c. 32.

(2) Ya los reyes de Aragon y Castilla y otros grandes príncipes de la cristiandad habian pedido la canonizacion del apóstol valenciano á los papas Martin, Eugenio y Nicolás. En la informacion que este último habia mandado hacer, intervino como comisario este mismo cardenal de Valencia que ahora era Calixto III, juntamente con el cardenal de Ostia, el patriarca de Aleandria, el arzobispo de Nápoles,

el obispo de Mallorca, y otros varios prelados en diferentes reinos y provincias, donde eran conocidas las virtudes, las predicaciones y los milagros del santo misionero. El papa Calixto concluyó efectivamente el proceso, y nunca para ningun acto de esta clase habian concurrido testimonios de tantas y tan diversas y distantes naciones como concurrieron para informar unánimemente de la santidad y de los prodigios obrados por Vicente Ferrer. En cuya virtud tocó á su compatriota Calixto III. la gloria de proclamar ante los cardenales y prelados de la curia romana que la Iglesia colocaba en el número de los santos á Vicente Ferrer (3 de junio, 1445), lo cual se publicó con toda solemnidad y ceremonia en la fiesta de San Pedro y San Pablo siguiente. La bula de canonizacion la espidió despues el papa Pio II., sucesor de Calixto III., en el primer año de su pontificado.

días sin que el rey de Aragón experimentára cuán desfavorables disposiciones abrigaba respecto á su persona el nuevo papa su compatricio, por cuya elevacion habia hecho tan solemnes demostraciones de gozo. Además de algunas desavenencias promovidas entre ellos por razon de tal cual señorío de Italia, quejábase el papa al rey de que habiéndole enviado la bula de la cruzada para la espedicion contra los turcos, no habia producido ningun resultado y escitábale á ello como á principal ejecutor y caudillo. Contestóle el rey con mucha entereza, que aunque estimaba en mucho el don de Su Santidad, creia que para una espedicion como aquella se necesitaba algo mas que una bula; que si habia diferido su empresa, era porque pensaba que otros príncipes de Europa mas poderosos que él y no menos obligados habrian abrazado aquella causa; pero que viéndolos tan descuidados, y puesto que su Beatitud le requería á él solo con tanta instancia, sabria hacer su deber como príncipe católico. Comenzó pues el rey de Aragón á hacer sus aprestos da campaña, á aparejar naves y juntar ejércitos, además de muchas compañías que ya habia enviado á Albania, y congregando su consejo en Nápoles declaró su voluntad con el siguiente notable razonamiento:

«Yo hablé con vosotros los días pasados sobre lo de la empresa de los turcos, y por ser cosa tan grande he esperado como se moverian otros, y he dife-

rido el determinarme en ello. Ya veis que los reyes y príncipes cristianos, mirádonos unos á otros, dormimos; y así el ánimo y osadía del enemigo siempre se aumenta y crece, para ofender á la religion cristiana. Yo considero haber recibido grandísima gracia de Nuestro Señor sin merecimientos míos, y reconozco que hay en el mundo otros reyes y príncipes, que por saber y poder son mas dispuestos que yo para emprender y llevar tanta carga; mas visto que por todos se mira y ninguno se apareja ni dispone, queriendo satisfacer á infinitas mercedes que de Nuestro Señor he recibido, no quanto se debe mas quanto yo abasto, por su servicio y de la Iglesia estoy dispuesto y deliberado poner mi persona y estados en defensa de la cristiandad y en ofensa del turco. De aqui adelante ya tengo la mayor parte de mi vida pasada, por tener sesenta años ó muy cerca dellos, y hasta aqui toda la he despendido en servicio del mundo, y paréceme cosa razonable distribuir en servicio de Dios lo que me resta. Quando yo tomé la empresa deste reyno, lo hice movido de la justicia que en él tenia, y por conquistar lo que derechamente me pertenecia; lo qual despues de muchos trabajos y gastos Nuestro Señor lo ha traydo al fin por mí deseado, segun que veis. Si lo que á mí tan solamente tocaba lo ha enderezado tan prósperamente, ¿qué tengo de esperar de aquello que á él principalmente toca, y por quien

»yo delibero emprender? En esto yo no pongo cosa
 »ninguna mia. La persona y vida, y los estados y bie-
 »nes dél lo tengo. Ofrézcoselo, que suyo es, y ríndo-
 »le lo que dél he, y por él lo poseo. Tengo firme y
 »segura esperanza que mi propósito y empresa trae-
 »rá á bienaventurado fin. Aun me acuerdo que en
 »nuestros dias, en gran deservicio de Dios y en ofen-
 »sa de la fé católica, un rey ha seydo preso y hecho
 »tributario á infieles, y otro murió en batalla y le fué
 »cortada la cabeza; y últimamente ha sido muerto el
 »emperador, y se ha perdido la ciudad y imperio de
 »Constantinopla, que era á nosotros una talanquera,
 »y han venido á poder de infieles tantas iglesias y re-
 »liquias y cosas sagradas indignamente y sin alguna
 »reverencia, que son cosas que á mí mucho me in-
 »ducen á seguir esta empresa: y si á vosotros parece
 »lo contrario, estaré á lo que me aconsejáredes (1).»
 Oido este discurso, todo el consejo, sin discrepar un
 solo individuo, le aplaudió alabando su santo y ani-
 moso propósito, y todos ofrecieron sus personas, vi-
 das y bienes al servicio del rey para la prosecucion
 de tan cristiana empresa.

A pesar de esto ni el papa Calixto se mos-
 tró nunca propicio al rey de Aragon, ni éste realizó
 su empresa contra los turcos. Por el contrario habien-
 do don Alfonso determinado visitar sus reinos de Es-

(1) Gerónimo de Zurita pone este discurso en sus Anales, li-
 bro XVI. cap. 33.

paña (1456), así por satisfacer el deseo general de sus súbditos y pagarles esta deuda, como por ver de concordar al rey de Navarra con el príncipe de Viana su hijo, despachó á Roma al conde de Concentaina para que secretamente comunicase al papa el pensamiento de su venida, puesto que en Italia habian cesado las guerras y habia paz universal. Mas como al propio tiempo llevase encargo de rogarle de parte del rey que para mayor seguridad se dignára otorgarle de nuevo las bulas de investidura del reino de Nápoles y de los vicariatos de Benevento y Terracina para sí y para el duque de Calabria su hijo, y como el papa diese tales excusas que el conde entendiera que las negaba casi abiertamente, por estrechar al pontífice se propasó á hacerle fuertes reconvenções y á decirle cosas muy duras. Recordóle los beneficios y favores que habia recibido del rey de Aragon; le echó en cara haber creado cardenales en un solo dia á dos sobrinos suyos, cosa hasta entonces no vista en ningún papa, tuvo la audacia de decirle que se acordase de su nacimiento y del lugar de Canales, donde aprendió á leer y cantó la primera epístola en la iglesia de San Antonio, con otras espresiones no menos agrias y ofensivas á la dignidad pontifical, á las cuales contestó el papa tambien muy duramente, y despidió al conde echándole su apostólica maldición. Viendo el rey don Alfonso la negativa del papa, que comprendió era dirigida á no confirmar al duque de

Calabria su hijo en la sucesion del reino, y considerando el carácter duro del papa á pesar de su edad octogenaria, procuró tener de su parte al rey de Castilla (que lo era ya á este tiempo Enrique IV.), para el caso en que resolviese apartarse de la obediencia del pontífice Calixto.

Hizose pues un pacto de concordia y amistad entre los reyes de Castilla y de Aragon por medio del marqués de Villena y de Ferrer de Lanuza, por el que se ofrecian y juraban darse mútuo favor y ayuda contra todos sus enemigos. Habia prometido tambien el marqués de Villena, entre otras cosas, que cuando el rey de Aragon quitase la obediencia al papa, haria lo mismo el rey de Castilla, y que si el pontífice Calixto muriese, ambos reconocerian al que fuese nuevamente ensalzado á la silla pontificia. Mas el monarca castellano contestó despues, que en lo tocante á la obediencia mirase bien lo que se debia al pontífice y lo que á ellos como príncipes cristianos les correspondia hacer, y que considerase tambien que se trataba de un papa español y natural del reino de Valencia. Con esta contestacion limitóse el aragonés á procurar desviar al pontífice del propósito que tenia, que era de no dar lugar á la sucesion del duque de Calabria.

Ocuparon al rey don Alfonso en sus últimos años las diferencias entre el rey de Navarra y el príncipe su hijo de que daremos cuenta en su lugar, y que es

comprometieron en sus manos (1457). Pero ni efectuó el viage que tenia proyectado á España, ni realizó la espedicion que habia preparado contra los turcos, y lo que hizo fué emplear una gran flota contra la república de Génova, á fin de poner en ella gobernadores de su devocion y parcialidad, y á intento de que el rey de Francia no se apoderase de aquella señoría (1458).

Proseguíase con gran furia la guerra de Génova, cuando se cumplió el plazo señalado por la Providencia al reinado y á los dias de Alfonso V. de Aragon. Una enfermedad de poco mas de dos semanas acabó con su existencia en el castillo del Ovo en Nápoles, (27 de junio, 1458), á los sesenta y cuatro años de edad, y á los cuarenta y dos de un reinado activo y laborioso. En su testamento nombró por sucesor en el reino de Nápoles á su hijo Fernando duque de Calabria, dejando los reinos de la corona de Aragon á su hermano el rey don Juan de Navarra y á sus descendientes, conforme al testamento del rey don Fernando su padre. Y fué muy de notar que en aque documento no hiciese mención alguna de la reina de Aragon doña María su esposa, siendo como era tan escelente princesa, de tan señalada honestidad y tan estimada por sus virtudes, lo cual hace verosímil la especie que arriba apuntamos y que algunos afirman, de haber pensado repudiarla por casarse con aquella Lucrecia de Alañó, á quien habia entregado su vo-

luntad. Dejó también ordenado en su testamento que se distribuyesen sesenta mil ducados en la armada que había de ir contra el turco, y que su cuerpo fuese trasportado lo mas brevemente posible al monasterio de Poblet en Cataluña, encargando le enterrasen á la entrada de la iglesia en la tierra desnuda, para que fuese ejemplo de humildad.

No pueden negarse á Alfonso V. de Aragon grandes cualidades como príncipe y como guerrero: esforzado, enérgico é infatigable en las guerras; prudente, magnánimo y justo en el gobierno, menos severo que clemente, y casi siempre benéfico y liberal, no extrañamos que el cronista de Aragon diga con cierta especie de entusiasmo, á despecho de algunos escritores italianos que han intentado zaherirle: «que fué el mas esclarecido príncipe y mas excelente que hubo en Italia desde los tiempos de Carlomagno (1).» Si á algunos pudo parecer ambicioso por su afán de conquistar á Nápoles, á cuya corona se creyó con mas derecho que otro alguno, debió dejar de parecerlo cuando renunció la herencia de Milan con que se le convidaba, y declaró no ser su intención sojuzgar otros estados italianos.

El defecto que hallamos al largo reinado de Alfonso V. es haber sido todo extranjero. Enamorado de la bella Italia, donde pasó toda la segunda mitad de su vida, Alfonso desde que conquista á Napoles, rei-

(1) Zurita, lib. XVI. cap. 42.

na mas en Italia que en Aragon. Es un monarca que estiende á estraños países las glorias aragonesas, que se hace como el centro y el eje de toda la política de Europa, y que abre y desembaraza un nuevo campo de gloria á los reyes de España sus sucesores, pero estas glorias exteriores ejercen sobre Aragon una influencia mas brillante que provechosa, mas funesta que útil.

Creemos también que con la presencia de Alfonso en Aragon hubieran podido tener solucion mas favorable y pronta las largas y reñidísimas contiendas que allí se debatían entre los reyes y príncipes de Navarra y de Castilla, y que debieron ser para él preferibles á las cuestiones de Génova, de Milan, de Venecia, de Florencia y de Turquía. En otra parte le juzgaremos mas detenidamente.